

**HJALMAR  
BERGMAN**

JACK EL PAYASO

**FEDERICO  
FELLINI**

LOS CLOWNS

**CÉSAR  
AIRA**

LOS DOS PAYASOS

MISHKIN EDICIONES

DETRESENTRÉS  
COLECCIÓN MISHKIN DE NARRATIVAS

Títulos originales de las obras de este volumen:  
*Clowmen Jac* (1930). *I clowns* (1970). *Los dos payasos* (1995)

Publicados por:  
Mishkin Ediciones. S. L.  
Calle Cervantes, 14, 28014 Madrid  
www.mishkin-ed.es  
mishkin@mishkin-ed.es

© de la traducción de *Clowmen Jac*: 2015, Elda García-Posada  
*La traducción al español de esta obra ha sido posible gracias a una subvención del Instituto  
Suceso de las Artes (Kulturrådet, Estocolmo, Suecia)*

© de la obra de Fellini: 2015 Minerva Pictures Group srl (Milán, Italia)  
© de la obra de Aira: 1995 César Aira, publicado por acuerdo con Literarische  
Agentur Michael Gaeb (Berlín, Alemania)  
© de esta edición: 2015, Mishkin Ediciones. S. L.

ISBN: 978-84-942189-1-0  
Depósito Legal: M-23486-2015  
Diseño de cubiertas: KEN, Mutilva Alta (Navarra)  
Diseño de la colección: Nacho Urbina (Madrid)  
Impresión: Calamar Edición & Diseño  
C/ Gran Vía, 69. 28013 Madrid  
Impreso en España - Printed in Spain

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.*

Hjalmar Bergman

# Jack el Payaso

Traducción: Elda García-Posada

**MISHKIN EDICIONES**

## Índice

1. Lo que su familia bienamada sabía del payaso.....	17
2. Benbé en la cuneta del paraíso .....	33
3. La añagaza del gato y el anillo .....	47
4. El negro Longfellow da una lección de psicología moderna.....	59
5. El Rey Clown y su bailarina .....	71
6. El secretario del payaso .....	85
7. El laberinto .....	99
8. La fatalidad del corazón .....	115
9. El hobby y el guante.....	133
10. El arte de vender emociones .....	147
11. «Corazón alegre hace fuego de la nieve. Amor sincero saca la verdad del hielo».....	163
12. Un hombretón y dos bueyes.....	181
13. La felicidad robada en Villa Franca .....	195
14. La madrecita y el patriarca.....	209
15. El batacazo del payaso.....	223
16. El hombre muere, sus actos viven por siempre.....	239
17. Salto mortal .....	253
18. Del «Catecismo del buen payaso» (I) .....	271
19. Del «Catecismo del buen payaso» (II) .....	289
20. Cuando cesan los fuegos artificiales .....	307

*A mi amigo  
Gösta Ekman  
como regalo de cumpleaños*

## 1. Lo que su familia bienamada sabía del payaso

La memoria, nuestra memoria, es algo en verdad asombroso: caprichosa, poco fiable, juguetona, artera, inexacta; tan pronto avergüenza como proporciona consuelo; pero, ante todo, resulta imprescindible. Vivimos a través de la memoria, vivimos en la memoria, y nada apreciamos más —y con razón— que tener una memoria aguda. Ella es nuestra sirvienta cotidiana, tan perentoria que acaba convirtiéndose en nuestra dueña y señora. Si la memoria nos traiciona, no tarda en asumir el mando el azar, que nos deja a merced de nuestros antojos, nos lleva a guiarnos por corazonadas. Pero, bueno, a veces eso tampoco es tan malo.

Érase un joven llamado Benjamín Borck, al cual solían apelar Ben o Benbé. Su padre —un comerciante perteneciente a una familia burguesa de rancio abolengo— había muerto a edad temprana, dejando mujer e hijo en condiciones ciertamente precarias. Su viuda procedía de la estirpe de los Längsäll, oriundos de Norrland y conocidos por su franqueza y su orientación pietista. De los Borck se decía, debido a sus característicos morritos fruncidos, que parecían estar todo el rato chupando un caramelo. Los Längsäll, en cambio, se distinguían por sus anchas y fuertes mandíbulas de lucio, listas para pegar una buena dentellada si la ocasión lo requería. La madre de Benbé, viuda de Borck y de soltera Längsäll, proporcionó a su hijo una educación severa que principalmente consistía en reprimir la soberbia y cortar las alas a cualquier manifestación de frivolidad.

La vocación del chico, sin embargo, demostró ser un tanto volátil. Cuando, coincidiendo con la muerte de su madre, cumplió veintidós años, no solo contaba ya con una licenciatura en Filosofía, sino que además había cursado estudios mercantiles, pues

tenía la corazonada de estar dotado para el comercio y entre sus ocupaciones favoritas se hallaba la de trazar un sinfín de planes y proyectos, que, por desgracia, chocaban con la incompreensión general. Y es que, si bien tales proyectos –imaginativos y diseñados con meticulosidad– tenían quizá sus méritos, no encajaban con las necesidades del momento.

Una vez hubo enterrado a su amantísima madre, tomó la decisión de partir hacia América. ¿Pero cómo emprender el viaje, careciendo de posibles? Tras hacer un cariñoso y efusivo repaso de su lista de amigos y familiares, resolvió honrar a su tío materno –el señor Längsäll, patrón de Villa Franca<sup>1</sup>– con una visita. Así pues, le escribió unas líneas informándole de su firme propósito de hacer las Américas, así como de su deseo de despedirse de sus allegados antes de la partida. Recibió una amable respuesta: el hermano de su madre le daba la bienvenida a Villa Franca con la condición de que ni embelesara a las chicas ni pidiera dinero. Benbé se puso en camino con la esperanza de tener éxito en ambas empresas.

La señora Längsäll, tía de Benbé, era también una Borck, si bien descendía de otra rama del clan. Su padre había sido en su momento el dueño de Villa Franca, contando asimismo en su haber con un gran acervo de proyectos que no tenían nada que envidiar a los de Benbé. En su caso se trataba de artulugios de ingeniería mecánica: aún hoy día es posible ver, a orillas de los rápidos que cruzan la finca, alguna que otra obra hidráulica tan ingeniosa como extraña, aunque ahora por desgracia oxidada e inservible; en los buenos tiempos fue inservible a secas, sin la capa de óxido. Este miembro de los Borck, dueño de Villa Franca, se vio obligado a abandonar su hermosa hacienda, la cual unos años más tarde compraría su yerno Längsäll, un tipo

1. En el original, Hjalmar Bergman llama a la finca (y, como se verá a continuación, a uno de los personajes centrales de la novela) *Sanna*, diminutivo, en sueco, de Susanna, pero también homónimo de *sann* [«verdadero»]. El autor realiza con ello un juego de palabras que se repite a lo largo de la novela, al jugar constantemente con *sann* [«verdadero»], *sanningen* [«verdad»] y *sannerligen* [«de verdad»]; y que apunta a una de las claves temáticas de la misma. En nuestra traducción se ha optado por recrear, en la medida de lo posible, dicho juego de palabras a

de la cofradía del puño sin otros proyectos que mantener bien llenos los bolsillos.

Benbé fue recibido en la estación por su prima Franca, así bautizada en honor a la finca que la vio nacer, y a la que por supuesto la gente, para hacerle rabiar, había acabado llamando «la franca Franca»<sup>2</sup>. Por desgracia, la pobre chica había salido demasiado picajosa, y, dicho sin rodeos, bastante «rarita»: huraña, asustadiza, impredecible. Benbé la saludó con un cortés beso de primo en la mejilla.

—Hola, mi franca Franca, te alegras una barbaridad de verme, ¿a que sí?

A lo que la chica replicó malhumorada:

—En efecto, pues tengo la esperanza de que sea la última vez que te vea en esta vida.

—Bueno, dicen que en el más allá se está mejor —contestó Benbé amable—, pero tú escondes tu franca, franca pasión con maestría.

Al decirlo, le acarició la mejilla con suavidad, ganándose con ello el primer bofetón de la jornada.

El caserío de Villa Franca era una construcción más bien pequeña, de fachada verde y desvencijado tejado de pizarra negra, circundada de arcos e invadida por cobrizas hojas otoñales y enredaderas. En los acanalados escalones de piedra, cuajados de grietas, ya esperaba la afectuosa tía, sonriendo con sus borckianos morritos, y, junto a ella, la hermana de Franca, Carolina, dulce y besable. Dentro resonaban los gruñidos del patriarca Längsäll.

—¡Entrad ya con el chico, dejad el besuqueo para la comida! ¡Tengo hambre!

Lo emocionante no llegó hasta media hora más tarde. Sentados a la mesa, mientras las damas terminaban su sopa, Benbé había dado cuenta de dos platos y Längsäll llevaba ya tres, según

través de un sustituto aproximado en español, llamando, a la finca, «Villa Franca»; y al personaje de Sanna (apodada «Sanna-Sanna»), «Franca», o «la franca Franca». Por guardar cierta coherencia, se han castellanizado los nombres propios que más fácilmente lo admitían (Benjamín, Carolina) y se ha explicitado en el texto el significado del nombre de otro personaje (Lillemor), cuya carga semántica es también importante. (*N. de la T.*)

2. «Sanna-Sanna». Vid. n. 1.

su costumbre. Las enormes zarpas del patriarca, pecosas y cubiertas de vello rúbeo hasta los nudillos, descansaban sobre la mesa mientras su dueño miraba fijamente y con intensidad el cuenco vacío de caldo, como si estuviera considerando la posibilidad de meterse una cuarta ración entre pecho y espalda. La monumental y oronda figura subía y bajaba al compás de sus ahítos suspiros. De repente, saltó:

—¡Cacaread, gallinas mías, cacaread de contento! Ha llegado un pollastre a la granja. ¿Y tú, Franca, tan revenida como siempre? ¿Ya te ha chinchado con su quiquiriquí? Tranquila, mi niña, que enseguida se marcha a Yanquilandia. Chico listo, Benjamín, buena idea no querer que tu juventud y ambición cojan moho en este país de pacotilla. Iza las velas, Benjamín, y que la paz sea contigo.

Interrumpió el discurso un nuevo gemido de voluptuosa satisfacción, producto de la cálida sopa. Mientras sus gruesos dedos se curvaban, prosiguió sentencioso:

—En cuanto a los emigrantes, yo los divido en cuatro categorías. La primera es la de los chicos con ambición pero sin dinero: los cuales no deben marcharse, porque su ambición se vería perjudicada en el empeño. Luego, están los que tienen dinero pero no ambición: que tampoco deben irse, pues sería un desperdicio económico. A la tercera categoría pertenecen los muchachos que poseen tanto ambición como fortuna: a ellos se les puede animar a partir, si les apetece, ya que en todo caso no dejarán esta insignificante patria de buen grado. Y, por último, tenemos a los que carecen tanto de fortuna como de aptitud: a estos se les puede también empujar con cariño a que se vayan; aunque, mira por dónde, lo malo es que no pueden. Así que, querido Benjamín, márchate, márchate, hijo mío, pero no creas que voy a pagarte el billete. Una vez zanjado el asunto, que nos traigan la carne.

Esta ominosa diatriba contra el pobre Benbé no fue interrumpida por las damas, quienes bajo ningún concepto osarían cortar al coloso.

Tras secarse su espeso bigote rojo, salpicado de la salsa del asado, el dueño y señor de la casa se reclinó en la silla y exclamó:

—¡Ahora que caigo! Cuando llegues a tu destino, podrías ir a ver a ese formidable clown que tenéis en la familia. ¿Cuál era su nombre artístico...?

Ambas chicas intervinieron con vehemencia y llenas de indignación:

—¡Se llama Trackback! Por Dios, papá, ¿cómo se puede ser tan ignorante? Jack Track-back.

—Oh, claro que lo sé, si me paro a pensarlo. De vez en cuando veo su nombre en los periódicos y en los carteles de cine. Pero no me interesan ni los payasos ni otros comicastro por el estilo; además, ser pariente suyo no es algo que me halague demasiado que digamos...

—¡Tú, pariente de Jack! —saltó Franca desdeñosa—. No, a ver si te enteras: el parentesco viene por el lado de los Borck, no de los Längsäll. De hecho, ni siquiera mamá está muy emparentada con él, porque Jack pertenece a otra línea.

—¡Eso lo dirás tú, niña petulante! —replicó el patriarca Längsäll con enojo—. Para tu información, yo lo conozco personalmente. He llegado a cenar con él y Dios sabe que nos hicimos íntimos. ¡Trágate esa, so descarada!

—A juzgar por el bonito tembleque de su voz —terció Carolina—, da la impresión de que nuestro amado padre está más bien orgulloso de conocer al tal comicastro. Por cierto, papá no es el único que lo conoce, ya que también mamá y Jack fueron presentados en una ocasión...

—¡Benjamín! —exclamó Längsäll con un suspiro jocoso de tan profundo como era—. ¡Benjamín, nunca te fíes de las mujeres! Por lo menos, no de su memoria ni de su conciencia del tiempo, del lugar o de los sucesos. Ya le he explicado a mi querida esposa que es imposible que haya conocido al célebre payaso, dado que, cuando él vivía en Wadköping —dos años antes de que muriese la abuela Borck—, nosotros estábamos en Johannisberg.

—¡Eso ya lo sé! —resopló Franca furiosa—. Mamá no lo conoció dos años antes de que muriese la abuela Borck, sino el mismo año; que era cuando tú, papá, estabas en Londres, de modo que no puedes saber mucho del asunto.

—Tu madre lo ha soñado, lisa y llanamente —afirmó con autoridad el padre—. Como ella misma ha reconocido, además.

—¡Por Dios, cerrad todos el pico! —interrumpió por fin la pobre madre, cuya memoria se ponía en solfa; a continuación se volvió hacia Benbé con una sonrisa y dijo:

—Benjamín, vas llevarte la impresión de que en esta casa no nos interesa nada que no sea nuestro ilustre pariente común. La verdad es que muy pocas veces hablamos de él. Lo que pasa es que, una vez, comenté que yo lo había conocido, pero tu tío dice que eso es imposible, y que es el vívido relato de su propio encuentro con Jack lo que confunde mi memoria. Bueno, esas cosas pasan a menudo, así que bien puede estar en lo cierto. No es de extrañar que las chiquillas tengan tanto interés por una estrella de cine, pero un hombre curtido como el patrón Längsäll...

—El curtido patrón Längsäll —metió baza el interfecto— que-rría ahora un café y un cigarro.

Así, pues, se levantaron de la mesa para dirigirse al saloncito, que en su pomposo, macizo y recargado estilo neorrenacentista proporcionaba un marco apropiado a la explosión otoñal del jardín y el parque contiguos. Cuando llegó el café, el señor Längsäll retomó el tema del payaso, si bien esperó a que su esposa e hijas se hubieran marchado cada una por su lado. El superlativo patrón, sorbiendo el café con la misma fruición con la que había saboreado el resto de las viandas, soltó un gruñido inaugural:

—¡Bah, bah!... Si resulta que me intereso por ese famoso payaso no se debe sino a que yo sé más acerca de su historia y sus circunstancias que la mayoría de la gente. Ahora que las chicas se han ido, puedo explayarme un poco. Habrás oído hablar de la abuela Borck, ¿no? La tía de tu padre. Sí, una señora extraordinaria, eso no se puede negar. Nacida en un humilde pegujal de sol-

dato, entró a servir como criada en la casa de uno de los vecinos más respetables de la ciudad. Cuando más tarde se convirtió en su esposa, se dedicó a mantener y fortalecer su posición dentro de tan distinguida familia con una energía y resistencia propias de una auténtica miliciana sueca. Sin embargo, quiso el destino que su hijo mayor, Gabriel Borck, se encaprichara más de la cuenta de una muchacha del servicio y el resultado fue... nuestro célebre Trackback (que, no obstante, durante los primeros veinticinco o treinta años de su vida respondió al nombre de Jonathan, en honor a su abuelo). En fin, Gabriel, que era un hombre de recta conciencia, estuvo dispuesto a casarse sin demora con la moza, pero la abuela se negó en redondo: a la familia ya le bastaba con una criada ascendida a señora por vía matrimonial, dijo en alusión, claro está, a ella misma. Sí, así se las gastaba la dama. A la muchacha la recolocaron en otra casa del campo, y Gabriel fue enviado a Suiza bajo el pretexto de que era tísico. Por desgracia, esta excusa se hizo realidad y Gabriel murió en Davos al cabo de un año o así. Sírrete otra taza... Pues bien, la muerte del hijo debió de causar tal remordimiento a la abuela que mandó que le trajeran a su nieto para acogerlo en casa, y el chiquillo no tardó en pasar a ser la niña de los ojos de la anciana. Ya se sabe cómo son las abuelas. Así que, sin duda, malcrió del todo al niño, que además resultó dar muestras de un humor extraordinariamente voluble, tanto para bien como para mal: algo que, por cierto, creo que les viene de familia a los Borck. Nuestra pequeña Franca, sin ir más lejos, nos desconcierta y nos preocupa muchísimo con sus peculiaridades. A veces es capaz de comportarse como una auténtica arpía, mientras que otras muestra una bondad tan ingenua que resulta casi inquietante. Pero no es de ella de quien estamos hablando.

»El chico finalmente se convirtió en un perillán de mucho cuidado, como decimos por estos lares. Sin embargo, a la abuelita le daba pena meterlo en cintura, ya que era tan asustadizo que rozaba lo ridículo. A nada que ella le levantara la mano, sufría una especie de convulsiones histéricas o epilépticas: nuevamente, de casta

le viene al galgo, pues parece que a su abuelo paterno, el consejero comercial, le ocurría algo parecido. Sea como fuera, al final acabó cometiendo una trastada de las buenas. Al lado de la gran finca de los Borck, como tú muy bien sabrás, había en aquellos tiempos una joyería. Una noche, el rapaz se coló en el establecimiento reptando a través de un hueco y salió con varias baratijas en los bolsillos. Sí, no hay duda, un suceso lamentable y engorroso. Lo único que le disculpa un poco es su increíble ingenuidad. ¿Sabes lo que hizo con el botín? Al día siguiente se puso a repartir alfileres de corbata y demás entre sus compañeros de escuela y a sus amistades femeninas las agasajó con anillos y similares. Así que no fue muy difícil encontrar al ladrón. No obstante, cuando le preguntaron cómo había podido hacer tal cosa, se limitó a responder: «Me hallaba en deuda con mis compañeros, que siempre han sido tan amables conmigo.»

—Un móvil humano y honorable —observó Benbé sonriendo. El patriarca Längsäll no le acompañó, sin embargo, en dicho gesto, sino que exhaló un hondo suspiro antes de continuar:

—No, es una gran desgracia. La verdad es que hay personas que se vuelven del todo irresponsables de pura bondad, por así decirlo. Algo parecido le pasa a nuestra pequeña Franca. No es que —Dios me libre— ella regale los bienes que son propiedad de otros. Pero sí los bienes que le pertenecen a ella misma. Para su madre no es muy agradable, que digamos, ver cómo una antigua joya de la familia que le pasó en su momento a la niña, adorna ahora a la esposa de un trabajador de la finca. No está bien; además, con esa generosidad sin límites, la chica se convierte en el hazmerreír de la gente, que aparentan agradecersele de corazón pero que, luego, se ríen a sus espaldas.

»Pero bueno, como digo, no es de ella de quien trata este cuento. La historia del susodicho robo podría haber acabado en tragedia de no ser porque el joyero, el señor Gavenstein, se negó, sin más, a admitir que hubieran entrado ladrones en su tienda después de, por supuesto, haberlo denunciado a la policía. Un buen tipo, el judío: de hecho, fue él quien me contó todos los pormenores del asunto, ya que los Borck lógicamente no tenían mucha

gana de hablar de ello. Unos pocos días después, el infeliz —sí, no soy capaz de llamarle nada más feo, pues estoy convencido de que le faltaba una tuerca— va y coge unos cuantos billetes del *chiffonnier* de la abuela y pone tierra de por medio. Cómo llegó a Estados Unidos, lo ignoro. A juzgar por las cartas que envió a algunos allegados, estaba claro que las estaba pasando canutas. Así que le mandaron algo de dinero; sin embargo, al cabo de unos años, dejó de dar señales de vida.

»En fin, como te podrás figurar, fue un verdadero mazazo para la abuela: si quieres que te diga mi opinión, a partir de entonces se le ofuscó bastante el juicio, por muy lúcida y sensata que pudiera parecer de puertas afuera. Nunca hablaba del chico y, por lo visto, este ni le escribió. No fue hasta doce o trece años más tarde cuando llegó una carta, dirigida a uno de los parientes y firmada por Jonathan Borck, indagando sobre la posibilidad de visitar a la abuela. A los Borck no les hizo mucha gracia, como era de esperar: ahora que casi se habían olvidado de él, volvían a tener encima al buscálíos del niño. ¿Qué hacer en esas circunstancias? Tras muchas vacilaciones, decidieron informar a la vieja acerca del retorno del hijo pródigo. Desde luego, la sorpresa iba a ser de órdago.

—¿En serio? —interrumpió Benbé con impaciencia—. ¿Cómo reaccionó la abuela? ¿Se lo tomó mal? ¿Se alegró? ¿Estaba muy alterada?

—Alterada estaba, por supuesto, aunque no dejó que se le notara. Se puso a zumbiar como un viejo abejorro jurando que, por fin, iba a decirle al muchacho cuatro verdades. Su principal preocupación, sin embargo, era proporcionarle alimento, ropa y algo de dinero, así como conseguirle un trabajo. En resumidas cuentas: la anciana creía que el chico iba a presentarse andrajoso y muerto de hambre, como es propio de un hijo pródigo. En cuanto al resto de la parentela, me imagino que debían de pensar más o menos lo mismo, aunque para ellos la imagen del hijo pródigo es posible que no tuviera la misma simpleza bíblica que para la abuela. Pues bien, el día y hora señalados apareció su señoría, y no precisamente en harapos, sino envuelto en pieles y exhibiendo otros lujos que el pobre pueblo de Wadköping no había visto

en todos los días de su existencia. Para mayor inri, los negocios de la abuela pasaban por unos apuros notorios, de modo que ella se había visto obligada a vender su querida finca. El señor Gavenstein actuó como apoderado del secreto comprador. ¿Y quién crees que era este? Pues no otro que el mismísimo hijo pródigo, que ahora solicitaba a su amada abuela el reingreso en el seno protector del hogar. Los papeles del viejo drama quedaban así trastocados.

»Es curioso... Puede parecer un golpe de fortuna que el hijo pródigo retornara tan boyante. Sin embargo, la pobre anciana no entendía de la misa la media, lo cual ha de perdonársele. Ese otrora raterillo que abandonó a su abuela, ¿de qué forma había medrado para convertirse en el distinguido caballero que tenían ante sí? Pues bien: haciéndose clown. De haber visto la viejecita alguna vez en su vida un clown, habría sido en la mugrienta carpa de algún circo de mala muerte; puede que incluso, en alguna ocasión, hubiese abierto su pulcra cocina a cómicos ambulantes, pero ¿que un payaso pudiera llegar a ser un refinado y próspero señor? ¡Paparruchadas! Eso no encajaba en su visión de las cosas, así que no le vino en gana entenderlo.

—¿Cómo que no le vino en gana?

—Podría también decirse que perdió la razón, que se trataba de un arrebato senil. Pero creo que es más exacto formularlo así: al no darle la gana de entenderlo y, una vez que se cerraba en banda a comprender lo más importante, todo lo demás se volvió un caos dentro de su cabeza. La venerable matrona, que en sus buenos tiempos había hecho alarde de una autosuficiencia superlativa, al final de sus días no se enteraba de nada. Ese fue su castigo y con toda probabilidad también el del muchacho. Para consternación de toda la familia, lo que hizo fue, prácticamente, poner a su rico y elegante nieto de patitas en la calle. Así que, habiéndole sido vetado el trato con su querida abuelita, Jonathan Borck, alias Trackback, pasó algún tiempo aquí, en Villa Franca, en calidad de invitado del primo de tu padre. Fue por aquel entonces cuando yo lo conocí. Era un muchachito agradable, que no destacaba por nada en particular, algo timorato y callado quizás, acaso debido al desafortuna-

do encuentro con su adorada abuela. Luego, se volvió a su tierra de acogida a cosechar más laureles y seguir atando los perros con longaniza. Dos años después de morir la vieja, regresó aquí para una visita algo más breve; aunque entonces no lo vi porque a la sazón me hallaba en Londres, en viaje de negocios. Pero las damas, que son unas cabezas de chorlito en toda regla, mezclan los tiempos y lugares como si fueran tabaco para rapé.

»Así que esa es la historia que quería contarte –concluyó el patriarca–. Si allá en las Américas llegaras a toparte con el gran payaso, envíale saludos de parte del patrón Längsäll, aunque lo más seguro es que se haya olvidado de mí y de mi nombre desde hace una eternidad.

–Pero escúcheme, tío –dijo Benbé–, no tengo la menor intención de ir al encuentro del notable caballero, los parientes pobres no suelen ser muy bien recibidos...

–Eso no se sabe nunca –interrumpió el señor Längsäll–, tengo entendido que el tipo es bastante magnánimo y amante de los suyos. Además, no pretendo que vayas a mendigarle dinero. ¡No, por Dios! Pero a través de sus amigos y conocidos, igual puede conseguirte un empleo decente... ¡Aunque sea como hombre anuncio...! ¡Ja, ja, ja!

–No me importaría trabajar como hombre anuncio –concedió Benbé–, pero, querido tío, no olvide usted que me es imposible emprender el viaje, ya que un tal patrón Längsäll se niega en redondo a prestarme el dinero que me haría falta para zarpar.

El membrudo y rubicundo patrón se levantó de la mecedora y dio unos torpes y premiosos pasos de un lado a otro de la estancia, llevándose de cuando en cuando la mano a la nariz para sonarse con gesto circunspecto. Finalmente dijo:

–Eso es verdad. No le voy a prestar ni un céntimo a un emigrante como tú. Va en contra de mis principios. Pero se da la circunstancia de que he estado echando un vistazo al patrimonio relictivo de tu madre, y me he percatado de que, como administrador del mismo, vendí ciertas acciones a un precio nada ventajoso...

—¿Puedo preguntar de qué acciones se trata? —intervino Benbé con voz suave—. La cartera de valores de mamá era bien magra.

—Eso no te importa —le cortó Längsäll frunciendo el ceño—. Lo hecho, hecho está, y yo soy el responsable del desaguisado. Es-timo que he infligido a la herencia (o, en otras palabras, a ti) una pérdida de cerca de tres mil coronas. De manera que esa es la cantidad que te voy a reembolsar.

—Vaya, la torpeza de algunos administradores se ve compensada con una amabilidad mayor de lo que cabría esperar —terció de nuevo la voz suave de Benbé, la cual fue, una vez más, fue sofocada por el señor Längsäll.

—Silencio, muchacho, no me interrumpas cuando estoy hablando. Además aquí se empieza a echar de menos la presencia femenina. Tenemos que hacer algo al respecto.

Apostándose esparrancado en medio de la estancia penumbrosa, se metió dos dedos en la ancha boca y emitió un horrendo silbido.

—Qué manera tan fina de convocar a las damas —comentó Benbé.

—Bah, no les sienta mal —murmuró el patrón—. El que está en posesión del juicio también debe hacerse cargo del silbato. Ahora veremos —agregó con una mueca pícaro—, ahora veremos cuál de las jóvenes tiene más ganas de conocer al primo Ben.

Aguardaron unos instantes; Benbé no sin cierta tensión. Su, por desgracia, errático gusto había fluctuado durante la cena entre las dos hermanas. Sin embargo, ninguna de ellas respondió al llamamiento, como sí lo hizo en cambio su buena madre, la cual entró por la puerta como un hermoso y apacible crepúsculo tardeestival.

—¿Hasta dónde han llegado los caballeros en su charla, si no es indiscreción?

—Hasta la cuestión de las acciones —respondió el patrón.

La señora Längsäll sonrió satisfecha.

—Bien, entonces llego en el momento oportuno. Benjamín —prosiguió volviéndose hacia el joven—, le hemos dado un buen repaso a tu fondo de armario y va a quedar bastante bien una vez que

las chicas hayan quitado las manchas más rebeldes y remendado los enormes rotos de los bolsillos...

—Mi querida tía —respondió el joven con dignidad—, en cuanto a las manchas, deben ser consideradas todas y cada una de ellas como meros accidentes, no achacables al portador. Los agujeros en el forro de los bolsillos obedecen en cambio a un sistema de ahorro cuidadosamente desarrollado por mí, en consonancia con el vetusto sistema del calcetín. En momentos de bonanza económica, se llenan los bolsillos de billetes, oro y plata. Un buen porcentaje de estos activos se cuelan automáticamente a través de los agujeros; de manera que, en épocas de vacas flacas, basta con acabar de descoser el bolsillo para descubrir el sustancioso capital ahorrado en la entretela. Este sistema proporciona estabilidad al mercado monetario, así que todos los bancos del mundo pueden dar botes de alegría gracias a los usuarios del método F.B.B.B.: «Forro de los Bolsillos de Benjamín Borck».

—¡Tiene que emigrar! —exclamó el patrón—. Sacar del país a un mozalbete de esta calaña es una loable acción patriótica. Pero, ahora, el mayor experto en la pesca del cangrejo de toda Suecia va a salir a echar el retel. Quien quiera aprender algo, que me siga.

—Aguarda un momento, Ben —susurró la esposa del insigne entendido en pesca, agarrando al obediente joven del brazo—. Primero toma esto y guárdalo bien. Pero no en el forro de la chaqueta.

Le alargó al sonrojado Ben una pequeña cartera roja con el escudo de Estocolmo impreso en dorado. En ella, se contenía una carta de crédito por valor de tres mil coronas.

—No tienes por qué darle las gracias —agregó la señora Långsäll—. Ya hemos discutido y resuelto el asunto. Pero administra bien los cuartos, hijo mío, porque, créeme, sacar tres mil coronas de esta finca no es moco de pavo. Si llega un día en que te veas capaz de devolverlas, hazlo. Si no puedes, recuerda que lo habremos olvidado.

A Benbé no se le ocurrió otra forma de mostrar su agradecimiento que inclinarse y besar a la menuda dama en la oreja, pues allí

era donde solía besar a su madre, aunque le daba vergüenza hablar de ello. Ella sonrió y asintió levemente con la cabeza, si bien su mirada se dirigió hacia el resplandor rojizo del atardecer en el parque. Con los brazos cruzados sobre el pecho, se tambaleó un poco de lado a lado, como dando muestras de cierta inquietud o azoramiento, por lo que le pareció a Benbé. Finalmente, retomó el hilo:

—¿Qué era lo que iba a decir? ¡Ah, ya sé! Eso de que vayas a visitar a nuestro pariente Jonathan Borck, creo que es una solemne tontería. ¡Apenas sabemos nada de él! Así que figúrate lo mucho que él debe de saber acerca de nosotros. No, quítatelo de la cabeza. Sé que tu tío va a darte una carta de recomendación para algunos compañeros de negocios que tiene en Nueva York y en Chicago. Esperemos que te echen una mano si es preciso.

Guardó silencio; a Benbé le dio la sensación de que no había terminado. En efecto, al cabo de unos segundos, prosiguió con los ojos abiertos de par en par y aún fijos en la rojiza atmósfera:

—Si el azar quisiera que vuestros caminos se encontraran... lo cual es poco probable... Bueno, pues sí... En ese caso, le puedes dar recuerdos de nuestra parte... Quiero decir, de tu tío, y decirle... que él y su familia... que nos va muy bien aquí... en Villa Franca... Pero, en fin —continuó sin tomar aire—, voy a ocuparme de tu ropa. Tú vete con tu tío y tus primas. Lo que más le gusta de salir a pescar es transmitir a otros sus prodigiosas habilidades y conocimientos. A las pobres chicas lleva instruyéndolas desde que dejaron de andar a gatas, de modo que agradecerá tener un alumno que empieza de cero...

Ambos se echaron a reír y Benbé salió corriendo en busca de sus primas, llegando justo a tiempo para enganchar a cada una del brazo. Así, marcharon los tres bajo la luz del atardecer hasta los juncos que se cernían, tiesos, inmóviles y oscuros, sobre el brillo aceitoso del agua color violeta. La charla intrascendente de los jóvenes ocultaba su discurrir mental. Benbé se preguntaba a cuál de las muchachas debía declararse: de momento, sus sentimientos se inclinaban por Franca, pero el recuerdo de la bofetada le acercaba a Carolina, más apacible. Sin embargo, fue Franca la que le facilitó la decisión al saltar:

—¡Ay!, Carolina, bonita, ¿no podría quedarme con Ben a solas un rato?

—¡Oh, claro que sí! —respondió la pobre Carolina mientras se soltaba del brazo de Benbé y trotaba hacia su padre, un bulto grande y oscuro que se movía de aquí para allá en el cañaveral.

Franca se apretó cariñosamente contra su primo, acrecentando en él su inclinación a elegirla como esposa, y le susurró al oído:

—Querido Ben, desearía darte algo.

Sacando un pequeño paquete, lo metió a toda prisa en el bolsillo de la chaqueta de su primo y añadió:

—Pero no puedes abrirlo hasta llegar a América.

—Eso es algo que no te puedo prometer —objetó Benbé—. Va totalmente contra mi naturaleza no abrir paquetes.

—Pues entonces sellemos la promesa estrechando las manos —propuso la joven con gesto adusto.

Se estrecharon las manos cerrando así el trato. Pero de pronto Benbé recordó las palabras de su tío sobre la generosidad extrema de Franca. Mirándola con recelo, le preguntó:

—Oye, mi franca Franca, ¿no será algo que le has birlado a tu madre, verdad?

Apartándose, la muchacha lo miró con sus grandes ojos azul pálido que, semejantes a dos ópalos, irradiaban destellos carmesí.

Así fue como Benbé recibió el segundo sopapo del día, diez veces más potente que el que se había desayunado a su llegada.

—¡Bah! Me lo veía venir —murmuró el joven, apresurándose a volver junto a Carolina para mostrarle su devoción.

Entre los juncos, ante los bien repletos reteles dispuestos en una ordenada fila, se hallaba el patriarca Längsäll, quien al avistar a su novato discípulo, hinchó el enorme pecho con regocijo y declaró:

—Benjamín, dada tu impericia en esta industria, me gustaría darte algunos consejos producto de mi experiencia y que puedo resumir en veinte puntos. En primer lugar, el arte de la pesca, sea esta del tipo que sea, requiere ejercitar la difícil técnica del SILENCIO,

a sabiendas de que cualquier palabra o ruido innecesarios pueden arruinar por completo tu suerte a la hora de echar el anzuelo..

Mientras hablaba, aporreaba con los puños acompasando el ritmo de la poderosa voz que tronaba sobre las aguas soñolientas. Quién sabe si en el cañaveral quedaba algún bicho viviente o si los más esquivos habían escapado a otros ríos. Aunque, por otra parte, ¿de qué sirve la sabiduría si no ha de ser predicada?

## 2. Benbé en la cuneta del paraíso

Benjamín Borck partió para América, donde acabó en la cuneta. No inmediatamente, claro: mientras el amor de su vida —entiéndase, su bonita billetera con la carta de crédito dentro— no le traicionó, todo fue de perlas. Pasó un mes muy a gusto en Nueva York, pero no encontró trabajo. Pasó otro mes a disgusto en Chicago y tampoco encontró trabajo. En la hermosa San Francisco, ya comenzando a sentir sudores fríos ante la tesitura, seguía sin encontrar trabajo.

No es que le faltara formación: como se ha dicho, además de ser licenciado en Filosofía, había realizado estudios técnicos y mercantiles, un curso de masaje y otro de pintura. Todo esto no hubiera redundado en su perjuicio si hubiera mantenido la boca cerrada. Pero, por desgracia, estaba tan orgulloso de sus méritos que no podía evitar recitar el catálogo completo de los mismos cada vez que solicitaba un puesto en una oficina. Los jefes pensaban: «Tanto y a la vez nada. Gracias, muchacho. *Goodbye*». Benbé contestaba: «*Goodbye* a vosotros, vejesterios, pieles rojas»; para, acto seguido, lanzarse al ataque en la siguiente oficina, siempre con el mismo resultado.

Desde Frisco marchó a Los Ángeles; y fue en esta ciudad de los horrores donde el amor de su vida acabó traicionándole. Con el vigor audaz propio de un tahúr jugando su última baza, entró en el Citizens Bank y arrojó la carta de crédito en el mostrador.

—Cien dólares, *if you please*.

El rollizo cajero agaritado en la jaula, mascando pensativo como un viejo mono, echó una ojeada a través de las lentes de carey al instrumento de pago y sumó los reintegros: algo que Benbé no se había atrevido a hacer. El rostro de carey abrió pausada y metódicamente su boca de oro para emitir una risa ronca y, a continuación, dijo:

—Joven, vaya usted mismo a la policía a confesarse culpable de intento de fraude, así le rebajarán la pena. El saldo de su carta de crédito está agotado.

Fue así como Benbé acabó en la cuneta. Aunque, de momento, todavía tenía un techo bajo el que guarecerse: nada más llegar al sur de California, había alquilado una habitación en un pequeño pueblo costero ubicado unas decenas de kilómetros al norte de Los Ángeles. Su casera era una espléndida y bella pelirroja, canadiense y divorciada, para más señas. Como le había pagado un mes por adelantado, tenía aún derecho a alojarse allí, y la casera no se lo negó, sino que, por el contrario, se mostró dispuesta a ofrecerle, además de hospedaje, su ardiente corazón. Benbé, no obstante, rehusó. La negativa no obedeció en modo alguno al recuerdo de las primas Längsäll, sino al hecho de que la seductora patrona le atraía, a la hora de la verdad, bastante, y, dada su precaria situación económica, no podía permitirse el lujo de entablar un romance con una dama que tanto le gustaba.

Para escapar de sus encantos, se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en la calle; o, para ser exactos, sentado en... la cuneta.

Dejando a un lado lo incómodo de su situación, se hallaba bastante a gusto. Detrás de él se extendía una serie interminable de casas, semejantes a arcas de Noé amarradas, por así decirlo, con las proas junto al asfalto. El camino recordaba más a un palmeral que a una calle propiamente dicha. Bajo las verdioscuras copas de las palmeras revoloteaban relucientes pájaros de abigarrados colores, de una hermosura en la cual la naturaleza había puesto tanto empeño que se habrían podido tomar por artificiales. Los colibríes se deleitaban —y deleitaban a Benbé— quedándose suspendidos en el aire frente a suntuosas flores. Un estimulante contraste lo proporcionaban los niños que, cual ángeles terrenales, cruzaban como una exhalación en patines y en patinete, dando vueltas en todas direcciones alrededor del que se sentaba en la acera. A su lado pasaban también coches de ancianos caballeros, venerables patriarcas armados con palos de golf:

Benbé los saludaba, ellos se detenían y le invitaban amablemente a acompañarles:

—¿No es verdad que hace un tiempo espléndido, acaso no es California el paraíso? —le preguntaban.

A lo que él respondía jurando y perjurando que California era el jardín del Edén y que, para él, suponía un placer y un honor ya solo poder estar en la cuneta del paraíso. Los viejos señores proseguían su camino, satisfechos. Otros coches aparecían cargados de chicas jóvenes enfundadas en bonitos trajes de baño. Cuando Benbé las saludaba, ellas se detenían y le exhortaban a seguir las a la playa. Le habría encantado aceptar, pero no se atrevía.

Como a las muchachas, al verlo sentado allí día tras día en el mismo lugar, les empezaba a picar la curiosidad, se detenían antes de que él les hiciera ningún gesto, se apeaban de sus vehículos y se sentaban a su alrededor replegando las rodillas igual que él. Entonces, querían saber si es que estaba haciendo penitencia en virtud de algún precepto religioso. Él replicaba que su religión era el ancestral taoísmo chino, o la doctrina del camino, que enseñaba las setecientas setenta y siete maneras de despertar la curiosidad de las chicas. De acuerdo con este elevado credo, un joven que soportara durante siete días todo lo que él había soportado, al octavo día sería profusamente recompensado con la visita de siete bellísimas muchachas que, elegantemente ataviadas, se dirigirían a él con encantadores modales. Las chicas estallaron en vítores... ¡Mira por donde, la antigua sabiduría china mantenía su vigencia! A continuación, se apresuraban a sacar de los coches frutas, dulces y cigarrillos, así como variadas drogas estimulantes que mezclaban en jícaras plateadas y bendecían con fuertes apretones de manos antes de catar el brebaje con exquisito deleite.

El nombre de Benbé les hacía mucha gracia a las chicas, las cuales, no obstante, también le adjudicaron el apodo de Funny Bunny, «Conejito Chistoso». Los nombres de las muchachas, por su parte, evocaban notas floridas y perfume de miel; pero, dado que todas bien habrían podido llamarse igual —pues lucían la misma impecable y perfilada belleza—, Benbé prefirió rebautizarlas en honor a sus co-

ches, los cuales le era más fácil distinguir. Así pues, pasó a llamarlas miss Nash, miss Ford, miss Cadillac, miss Packard, etc.

Al cabo de un tiempo, llegaron otros automóviles con mujeres que resultaron ser las madres y abuelas de las mozas; también venían de la playa en trajes de baño igual de mundanos que los de estas pero más vaporosos. Se unieron al grupo y cuando fueron informadas de la pervivencia de la ancestral sabiduría china, prorrumpieron ellas también en vítores, uniéndose a la diversión de las más jóvenes como si no las separase de ellas un cuarto de siglo. Y es que es sabido que en el paraíso no existe el tiempo; las mujeres disfrutaban allí de una belleza eterna por la sencilla razón de que son ángeles. Sin embargo, Benbé, como el desorientado novato que era, observaba con inquietud los miembros desnudos y relativamente añosos de las venerables recién llegadas, presintiendo que podían resfriarse. Así que fue en busca de los mantones, mantillas y pieles de su casera, las cuales empleó para arrebujar con tierno cuidado a las ancianitas. No esperaba agradecimiento por este flaco servicio, ni tampoco lo obtuvo: le bastaba con el elogio que su conciencia hacía de tal conducta cortés, además de que pretendía beneficiarse de la madurez y experiencia de las damas. Estas, sin embargo, temiendo aburrir al muchacho con su sabiduría, se limitaron a reproducir la misma charla coqueta que las joviales chicas, aunque con tono más infantil.

No obstante, estas fiestas en la cuneta del paraíso suponían para la patrona canadiense más de un quebradero de cabeza. De manera que acabó por salir a buscarlo.

—Benbé, el policía que patrulla esta calle les ha estado observando a ustedes —informó—. Si no fuera porque tiene miedo de las señoras, que pertenecen al club de mujeres, ya hace tiempo que les habría llamado la atención. Además, qué maneras son estas de pasarse todo el día ahí fuera, a la caza de chicas...

Benbé respondió, afligido y con dignidad:

—Mrs. Canadian, no voy en absoluto a la caza de chicas ni me interesan sus helados y sus refrescos, los cuales ya me han provo-

cado ardor de estómago. Estoy aquí para expiar mis pecados. Estoy esperando a Mr. Jack Trackback.

—¡Válgame Dios! —exclamó la canadiense con sorna—. Y yo que creía que esperaba usted al presidente Coolidge o a Mr. Edison, o al viejo y querido John D. Rockefeller...

—¡Oh, no! Con ellos no tengo ningún parentesco, aunque huelga decir que los caballeros son bienvenidos.

Sacando el alfiler con el que llevaba prendida la pañoleta al pecho, la canadiense se puso a mondarse minuciosamente los bellos y blancos dientes antes de preguntar:

—¿De verdad espera usted al extraordinario Jack Trackback?

—Según lo que se cuenta en los anales de la familia es, en verdad, alguien extra-ordinario, es decir, no normal. Pero eso no importa. Es el primo de mi padre y estoy en deuda con él. Me rompería el alma si algún día pasara de largo ante mí por pura distracción.

La canadiense se sentó junto a él para reflexionar.

—Trackback —dijo— vive en Beverly Hills. Debería ir usted a visitarle. Sería más seguro que estar aquí sentado esperando...

—Ya he ido a visitarle —replicó Benbé sombrío—. Es decir, a visitar al negro que vive en su propiedad, en la casa del guarda.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la canadiense socarronamente—, ¿acaso no le dejaron pasar?

—No, me echaron —admitió Benbé sonrojado—. Así que le dije al bosquimano ese que quién se creía que era, so truhán renegrido. Por desgracia, el cafre resultó ser más fuerte que yo. Y además se permitió informarme de que Trackback tenía más parientes que yo pelos en la cabeza y de que sus antiguos compañeros de colegio se contaban por miles, además de que sus edades estaban comprendidas entre los veinticinco y los setenta y cinco. Bueno, ya sabe usted a qué se refería, el miserable hotentote...

—¡Vaya, así que eso fue lo que pasó! —sonrió la patrona comprensiva y benigna—. Debió de ser el día en que a irmó usted haberse caído del tranvía...

... ..

César Aira

# Los dos payasos

MISHKIN EDICIONES

Si bien los payasos tienen varias intervenciones en la función, nos quedamos con una sola, la más larga. O mejor dicho, la más alargada; y esta extensión tiene su razón de ser en la mecánica del programa. Es un circo clásico, de gran aparato, más bien serio. La parte cómica es de relleno: los payasos, seis en total, aparecen entre un número y otro. Si alguien se tomara el trabajo, o tuviera la sangre fría o el distanciamiento para contarlas vería que las atracciones sucesivas son diez: malabaristas, *ecnyère*, perros futbolistas, mago, contorsionistas, elefante bailarín, trapecio volante, lanzador de cuchillos, equilibristas y domador. Van en ese orden, que no es casual: sigue una progresión bien calculada, o más bien dos progresiones consecutivas: hay una primera culminación con el trapecio, y tras una segunda serie, de riesgo creciente, viene el final y plato fuerte: los tigres y leones. Para éstos se arma una gran jaula: un muro de barrotes de tres metros de alto que da toda la vuelta a la pista. Adentro queda sólo el domador; arriba, en una sillita como la de los árbitros de tenis, un tirador experto con una carabina de caza mayor: el maestro de ceremonias explica que es una precaución por si alguno de los animales se vuelve loco y la vida del domador corre peligro. Pues bien, como el armado de esta jaula lleva un buen rato, los payasos llenan el hueco con su actuación más elaborada; está a cargo de sólo dos de ellos, y el protagonista, el llamado «Balón», sólo aparece aquí. Esto último le da a su presencia un efecto de realidad del que carecen los otros payasos, que a lo largo de los otros ocho intermedios han hecho toda clase de papeles, incluyendo, típicamente, las imitaciones chapuceras de los infalibles artistas que se acaban de lucir.

Es un *sketch* bastante teatral, con el acento puesto en el texto, como quedará en evidencia en la transcripción que sigue. O, al revés: es esa característica la que hace posible dar cuenta de él por escrito. La lectura se hace cargo del contenido; pero por supuesto el número final de los payasos no es puro contenido; tiene una enorme, casi desmesurada, carga formal, y eso sí queda fuera del texto. Hay que vivirla, hay que hacer la experiencia, y la experiencia es lo que se va a buscar al circo, bajo forma de sorpresa y emoción chocante. En este caso particular, se la vive de un modo curiosamente provisorio, porque el momento no oculta su naturaleza de intermedio; no podría ocultarlo, ya que durante todo su desarrollo están armando la jaula alrededor. La escena va quedando enjaulada... Por supuesto, los payasos hacen como si no vieran nada, abstraen el trabajo afanoso de los obreros, que por su parte van colocando los pesados paneles de reja uno sobre otro, y ajustándolos, con la seguridad y rapidez que da la práctica muy repetida; ellos tampoco prestan atención a lo que sucede en el medio de la pista, lo abstraen. De más está decir que, en su mutuo ignorarse, la sincronización de unos y otros es perfecta: terminan ambos al mismo tiempo.

Han comenzado juntos también. Detrás de los forzudos portadores de los paneles de rejas aparecen los dos payasos. Y cuando los primeros empiezan su trabajo, que produce un delicioso escalofrío de expectación en el público, los segundos ya han empezado a parlotear... Al público le basta ver los gruesos barrotes de hierro, oír su entrechocar, para saber de qué se trata; aun los que van al circo por primera vez: muchos de ellos, si se han decidido a trasladarse a ese lejano baldío, y pagar la entrada, ha sido para ver en acción a las grandes fieras. Y la jaula es para ellas, ¿para quién si no? En ese momento se dan cuenta, además, de otra cosa. Les basta ver alzarse y atornillarse los primeros paneles para calcular que el armado de toda la jaula llevará un buen rato. A lo largo de la función los preparativos para cada nuevo número se hacen rápido, en el estricto mínimo de tiempo necesario; ahora no será distinto,

pero rodear toda la pista con una reja de tres metros de alto lleva su tiempo, necesariamente. Tampoco será distinto el entretenimiento que se ofrecerá en ese lapso: payasos. La atención general deriva con cierta curiosidad hacia el dato nuevo: el intermezzo cómico esta vez será más prolongado. Quizás mejor, o al menos más elaborado, con más «suspense». La naturaleza un poco primitiva de los anteriores sale a luz en retrospectiva por ese solo hecho. En fin, se espera algo... Y al mismo tiempo no. Porque con los payasos nunca se sabe. Su oficio, después de todo, consiste en arrancar la carcajada a expensas del derrumbe de toda previsión.

Ya es sumamente ambiguo el aspecto de éstos, o mejor dicho de uno de ellos, el gordo. Por los maullidos del otro el público no tarda en enterarse de que el gordo se llama Balón. Es muy corpulento, panzón, culón, la cabeza y las manos pequeñitas, los hombros caídos. Camina bailoteando, con aire muy seguro de sí mismo, como si fuera el dueño del circo; adentro de los zapatos descomunales se adivinan unos pies ridículamente pequeños que jamás podrían mantener en equilibrio estable esa panza, esas nalgas. La gruesa capa de pintura blanca en la cara no termina de ocultar lo oscuro de la tez; ni los labios pintados en forma de banana, de oreja a oreja, impiden ver que la boca real es minúscula y fruncida, de las llamadas «culo de gallina».

—Balón... Balón... —gime el otro, que es flaco y desgarbado y viene cargando una mesa y una silla. Al decirlo se vuelve a mirar, y abrumado por la carga y por su torpeza está a punto de rodar con los muebles. El gordo sólo apura la marcha para descargarle una patada en el culo:

—¡Camine, esclavacho!

—¡Balón...!

—¡Balín! —Otra patada.

—¡Aaay! —Da una vuelta sobre sí mismo y las patas de la mesita y la silla se entrechocan como castañuelas sobre su lomo—. ¡Pero che!

—¡Ojo al piojo! —Otra patada.

—¡Aaay!

El público empieza a reírse de ellos. Lo cómico está en esos puntapiés intempestivos, que nada explican, pero también en lo sorprendente de la relación amo-esclavo en la que aparecen, cuando de los payasos uno tiende a esperar un trato más igualitario. Pero las risas por el momento hacen más bien las veces de un aplauso que premia este modesto virtuosismo de equilibrio inestable, coordinación, contraste de personalidades físicas... Hay algo así como una intención artística, expresionista, un «molestarse», que el público, aunque pueblerino, sabe apreciar, por instinto. Toda la carga (podrían habérsela repartido) en el alfeñique, y encima el grandote haciéndosela difícil. A fuerza de patadas, volteretas, mecaigo-y-no-me-caigo, llegan al centro de la pista.

—¡Pará, Balón....! ¡Aaay!

Otra patada, de yapa.

—Aquí está bien, Pibe.

¡Crash! ¡Bum! Esta vez sí la silla y la mesa caen, y el payaso flaco entre ellas, de cabeza, agitando los pies en el aire.

—¡Pero serás papanatas!

—¡Uf! ¡Aj, aj! ¡No me apurés si me querés sacar bueno!

Pese a la protesta, en un segundo ya ha puesto sobre sus patas la mesa, y a su lado la silla, en la que se sienta (ya no habrá de levantarse en todo el transcurso del *sketch*) con exagerados jadeos; saca un pañuelo tamaño sábana para enjugarse el sudor. Como si vinieran en ese tren desde muy lejos.

En este punto hay un cambio completo; es como si empezaran de nuevo, o más bien como si empezaran, y todo lo anterior, gemidos y patadas, hubiera sido otro acto, otra comedia. Y quizás así es. Porque en este momento, los dos payasos, uno sentado, el otro dando sus pasitos bamboleantes alrededor, se ponen a conversar como si tal cosa. La comedietta empieza, desde cero. El efecto es un poco como esa sospecha perenne de los ciudadanos de que los políticos, cuando terminan con sus querellas públicas, inician su acto privado en términos por completo diferentes: los enemigos irreconciliables se invitan a un asado,

el derechista y el izquierdista son socios en una cadena de supermercados, el patriota y el traidor son cuñados... Quizás es un efecto buscado, siquiera intuitivamente. Cuando los dos payasos se ponen a conversar es como si todo el circo resbalara muy rápido hacia una intimidad casi imposible; revolotea entre el público el temor oscuro y fugaz de oír detalles demasiado privados de la vida de los payasos: por ejemplo el detalle atroz de que no son payasos, de que son gente común, y de que van a decir cosas inconvenientes... ¡Qué locura!

Es un efecto tan pasajero como lo es la transición. Bastan las primeras frases, las primeras palabras, para que ya estén en marcha otra vez, más payasos que nunca. El temor profundo era: que se hubieran puesto de acuerdo; si así fuera, abandonarían esa infancia boba en la que están, serían conspiradores... Pero basta oírlos hablar... Para ponerse de acuerdo deberían haber empezado por decirse uno al otro, ¿y cómo? ¿con qué voz? Lo que más tranquiliza en ese aspecto son las voces, esas voces típicas de los payasos, formados a lo largo de años de hablar a gritos, de transmitir a gritos todos los matices del discurso – al menos todos los pocos matices del discurso necesarios para que avancen sus primitivos sainetillos. («¿Me prestás cuatro pesos, Firulete?» «Tengo dos nada más, Cachirulo». «Prestámelos, y me debés dos». «Tomá». «Decime una cosa, Firulete, ¿cuándo me vas a pagar los dos pesos que me debés?» «No sé, Cachirulo, ando seco». «¿Yo tengo, si querés te los presto». «Hecho». «Tomá». «Gracias, che». «Ahora sí podés pagarme, Firulete». «Tenés razón, Cachirulo. Tomá». «¿A mano?» «¡No! ¡Me debés los dos!» Intenten representar esto gritando a todo volumen, y van a ver.) Son voces metálicas, huecas, roncadas y agudas, todo a la vez. El clamor de los harapos tornasol. Las voces de un mundo en el que nunca se habla en voz baja, porque fuera del grito no hay nada que decir, nada en absoluto, como si se hubiera agotado la mecánica de producción de situaciones de hablar en voz baja.

–Tengo un problema, Pibe...

... ..

FEDERICO  
FELLINI

LOS CLOWNS

## El clown Pierino

por Federico Fellini

La llegada del circo de noche, la primera vez que lo vi siendo niño, tuvo carácter de aparición. Aquella especie de gran globo precedido por nada; la noche anterior no estaba, a la mañana siguiente estaba allí, delante de mi casa. Enseguida pensé que se trataba de una barca desproporcionada. Pero luego creí que la invasión —porque era eso: una invasión— estaba ligada a un algo marino. Una pequeña tribu corsaria.

El primer clown, Pierino, lo vi en la fuentecilla, al día siguiente del espectáculo. ¡Poderlo tocar! ¡Ser él! No hay ninguna duda de que haya sido precisamente él el primer embajador de una vocación inequívoca. El *pitre*, el *clochard*, el *clown*, el vagabundo que aparece con un aspecto miserable vistiendo los trajes de escena del infeliz, del desheredado, de la víctima o también del golfo, en suma todo lo que hay de reprobable en esa figura de andrajos, torpe y feliz, que arranca aplausos y simpatía, siempre me ha causado una profunda emoción. Primero Pierino, luego Charlot y todos los demás. Emoción y admiración por el pobre vestido de payaso, que intuía como un ser extraordinario, libre, que necesita muy poco para subsistir, para sobrevivir en medio de los problemas más increíbles, para salir a flote a través de las catástrofes más impresionantes, para pasar indemne a través del desprecio y del escarnio, manteniendo al final una actitud alegre; divertido y divirtiendo, como solo hasta ese límite podía hacerlo un bendito.

A partir de aquella primera vez, la atracción por el clown fue definitiva para mí. Porque el clown representa esa criatura fantástica que expresa el aspecto irracional del hombre, algo que forma parte del instinto, esa parte de rebelde y de contestatario contra el orden superior, que hay en cada uno de nosotros. Caricatura del hombre en sus aspectos de animal y de niño, de burlador y burlado. Muy pronto quise ser como él, desde el primer encuentro. Y, en el fondo, al final lo he conseguido.

Título original ..... I clowns  
Director ..... Federico Fellini  
Producción ..... RAI - Radiotelevisione Italiana,  
en coproducción con O.R.T.F.  
Bavaria Filmcompagnia Leone  
Cinematografica  
Guión ..... Federido Fellini, Bernardino Zapponi  
Música ..... Nino Rota  
Fotografía ..... Dario di Palma  
Vestuario ..... Danilo Donati  
Edición ..... Ruggero Mastroianni  
Ayudante de dirección ..... Maurizio Mein  
Director de Producción ..... Lamberto Pippia  
Producción ..... Elio Scardamaglia, Ugo Guerra  
Con Anita Ekberg, Riccardo Billi, Pierre Etaix, Tino Scotti, Liana Orfei,  
Rinaldo Orfei, Nando Orfei , Tino Scotti Fanfulla, Alvaro Vitali  
Estreno ..... 25 de diciembre de 1970  
Duración ..... 92 minutos  
Idioma original ..... Italiano  
Technicolor

**FEDERICO  
FELLINI**

**MISHKIN  
EDICIONES**

**LOS CLOWNS**

1970



RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS DEL PRODUCTOR Y DEL PROPIETARIO DE LA OBRA GRABADA. PROHIBIDA LA REPRODUCCION Y GESTION DE USO DEL SOPORTE Y LA UTILIZACION PARA EJECUCION PUBLICA, RADIODIFUSION Y VIDEO COMUNITARIO. TITULAR DE LA LICENCIA: MISHKIN EDICIONES S. L. ICA Nº 134442. APTA PARA TODOS LOS PÚBLICOS. 91'50"